

CAPITULO XX.

Reaccion liberal.

(1860.)

La situacion. — Rojas. — Asesinatos. — Avila, gobernador. — Vicios de esta eleccion. — Vuelve la reaccion. — Gonzalez Camacho. — Asalto. — "Loma Alta." — Cambio en la opinion. — Batalla de Peñuelas. — Escision. — Rojos y moderados. — Exageraciones. — El partido conservador. — Adjudicatarios. — Progresos de la literatura. — Calma del fanatismo religioso. — Batalla de Silao. — Muere Macías. — Derrota de Márquez. — Patron entregado por Doblado. — Estevez. — Acalorada discusion. — Patron pasado por las armas. — El general Arteaga. — El gobernador. — Jayme. — El secretario. — Arteaga y Barragan, Medina y Arrieta. — Solana. — Alonso. — Leon y Marin. — El autor de ésta obra.

LEGAMOS á uno de los años mas fecundos en acontecimientos de cuantos han trascurrido desde que los primeros hombres civilizados vivieron en sociedad en Aguascalientes; á una de las épocas históri-

ca mas rica en episodios que interesan á los que siguen la marcha de los pueblos. En 1860 la guerra es desoladora, pero menos bárbara que los años anteriores; más sangrienta, pero menos vengadora de agravios reales ó supuestos. La victoria comienza á sonreír á las armas liberales; se dá principio á la obra de la reforma social y política; se efectúa un cambio en la opinion; aparecen tribunos, literatos, escritores; se discute en el congreso, en el club, en la asociacion literaria, en las plazas y en las calles; la prensa ventila ya la cuestion de principios, y ve el pueblo que es una mentira que el triunfo reformista signifique la muerte del dogma, el sacrificio de las creencias religiosas, la pérdida ó la corrupcion de la moral. Si 1857 fué para Aguascalientes el año de los tumultos populares, el de 1858 el de los reveses y el de 1859 el de las mas violentas crisis; el de 1860 es el año de la lucha de las armas y de la de las ideas, es el año del triunfo, de la discusion, de la luz, de la Reforma.

Rivera gobernaba el Estado, y creía, como creían los conservadores, que la reaccion había afianzado su imperio. El centro del país estaba sojuzgado por ella; solo en la circunferencia permanecía levantada la bandera constitucional, y en algunos Estados del interior aparecian pequeños grupos de liberales armados. Eran las lejanas nubes que vemos á lo léjos en el horizonte antes que vengan á descargarse sobre nosotros. Por lo que hace á Aguascalientes, no tenía entonces elementos para cooperar como otras veces á la lucha. Muchos de sus hijos habían sucumbido en el campo de batalla; los que sobrevivieron en los combates se ha-

bían dispersado, y aquellos que en la prensa, en la tribuna, ó en otro lugar hubieran defendido la Constitución, estaban ocultos ó léjos del Estado. No creían en la resurreccion de aquel Lázaro —la Constitución— los que no tenían fé en el poder mágico de la Libertad, que venía extendiendo sus conquistas desde 1810.

En Febrero de 1860 abandonó Rivera la capital del Estado. Por qué? No habían sido vencidas tantas veces los huéstes liberales? no tenía millares de soldados la reaccion? no contaba ésta con los pretendidos aristócratas, con el ejército, con las riquezas del clero, que cerraba las puertas del cielo á los amigos de la legalidad? —El gobernador reaccionario huía empujado por la corriente de la revolucion y abandonó la plaza á un hombre que por desgracia alcanzó una celebridad bien triste. D. Antonio Rojas llegó á Aguascalientes con setecientos hombres que defendían la causa liberal, desprestigiándola, y que por sus vicios y crímenes no merecían agruparse en torno de una bandera levantada con gloria en otras partes.

Ese hombre valiente, tan fanático por la causa que defendía como intransigente con los enemigos de ella, y tan inculto y exajerado como sanguinario y cruel, pesó sobre Aguascalientes, esquilmo á aquella ciudad y derramó la sangre de inocentes é indefensas víctimas. Porque se estraviaron dos caballos del terrible jefe, (1) una horda de bandidos asesinó en los barrios de Gua-

(1) La ciudad fué abandonada por muchas familias á la noticia de la aproximacion de Rojas. De todos los individuos del clero solo permaneció en Aguascalientes el padre D. Viviano Esparza.

dalupe y Curtidores á veinte personas. No se distinguió para esta matanza condición, sexo ni edad: aquellos foragidos mataban á la casualidad, por sistema, por hábito. Y para hacer más repugnante el crimen, á él se agregó el cinismo. Cuando este inicuo suceso se puso en conocimiento de Rojas, contestó tranquilamente. «No tienen motivo para quejarse: los *buenos muchachos* andan en la calle y los *malos* están en el cuartel.»—Qué hubiera sido de aquella sociedad, si éstos hubieran estado libres?

Rojas impuso un préstamo forzoso, diciendo como dicen los bandidos vulgares: *la bolsa ó la vida*, y no había influencias capaces de hacer que aquel hombre disminuyese las cuotas. El pueblo había sido conservador y, según la lógica de Rojas, debía ser castigado. En este sentido fueron estériles los esfuerzos del consul español D. Norberto Hornedo, (1) quien logró en cambio que aquel diese mas garantías á la población, alarmada con los hechos criminosos que refiero, y amenazada por las hordas mandadas por ese hombre que por fortuna permaneció pocos días en Aguascalientes.

Entre tanto, los pocos liberales que estaban en la ciudad hacían esfuerzos para organizar la administra-

(1) Es de rigurosa justicia consignar aquí un hecho. El Sr. Hornedo, durante los tres años de la lucha, prestó servicios importantísimos á la población y en particular á muchas personas, bien estuviesen éstas filiadas en el partido liberal ó en el *mocho*, como se llamó entonces al conservador. Cuando los amigos de la Constitución imperaban, el Sr. Hornedo defendía las personas y los intereses de los reaccionarios; cuando éstos se sobreponían, aquel era el protector de los primeros. De este modo evitó las represalias en cuanto pudo.

cion con el fin principal de colocar un poder en frente del poder de Rojas. Se eligió gobernador á Avila, se instaló el ayuntamiento, fué nombrado jefe político D. Jesus F. López y se procedió á satisfacer la mas urgente de las necesidades en aquel tiempo, la de organizar fuerzas. Facilitó esto la llegada de Macías, los Arteaga, Martinez Valdés, D. Ignacio Gallegos, y otros jefes y oficiales que estaban antes en distintos lugares del país.

D. Estéban Avila habia sido electo gobernador (1) sin que la legislatura tuviese *quorum*; pero se dijo que los peligros de la situacion santificaban esa *irregularidad*. Obtuvo aquel los votos de sus compañeros los diputados, porque creyeron éstos encontrar en él, no solo un instrumento, sino la flexibilidad necesaria para abandonar el puesto cuando les fuese conveniente. Desconfiaron respecto de la inestabilidad del gobierno legal, tuvieron miedo á aquel anormal orden de cosas y acallaron las ambiciones que contentaron la de Avila.

Este nada habia organizado cuando volvió la reaccion, y se retiró con las pequeñas fuerzas de que podía

(1) Gómez Portugal no desistia de reclamar sus pretendidos derechos al gobierno. En esta época envió á Aguascalientes á D. Refugio Pedroza con dos comunicaciones, una para Barragan, en la que decia á éste que como presidente del tribunal tomase posesion del gobierno, y otra al Sr. Avila, trascribiéndole aquella, para su cumplimiento. Barragán contestó que él no era llamado al gobierno por la Constitucion, y Avila insertando el artículo constitucional que atribuye á la legislatura la facultad de nombrar gobernador, y diciendo que él habia sido electo.

disponer al Occidente de la capital. Apoderóse de ésta el reaccionario D. Márcos Gonzalez Camacho, jóven de familia distinguida, ilustrado, de excelente educacion y finas maneras. Contaba con una fuerza de caballería, mandada por Juan Chávez, conocido desde entónces por sus correrías de bandido. Habia recibido Avila auxilios de Zacatecas, una fuerza mandada por D. Agapito Gómez, y ésta y la de D. Ignacio Gallegos, sorprendieron y tomaron la plaza uno de los dias del mes de Abril. Murieron en el asalto diez hombres, siete fueron fusilados sin forma de juicio, y los más hechos prisioneros. Gonzalez Camacho, Chávez, los oficiales García y Juan Palos escaparon huyendo.

Avila organizó inmediatamente un escuadron de caballería que puso á las órdenes de Martinez Valdés, y ese cuerpo tuvo la satisfaccion de cooperar al triunfo espléndido, preludio de otros tantos, alcanzado en «Loma Alta» el dia 24 de Abril, por el general D. José López Uraga.

Entónces comenzó á conocerse el cambio favorable que se operaba en la opinion. La noticia de la victoria llegaba cuando el gobernador y muchos liberales estaban en el teatro, y precisamente en los momentos en que Soffa Calderon, hija del poeta zacatecano, cantaba la «China», canción que despertaba el entusiasmo, principalmente esa noche. Muchas veces se hizo repetir esa canción, que era allí el grito de guerra y hasta el de venganza; los vivas atronaban los oídos; todos aplaudian, aun aquellos conocidos antes como reaccionarios, y los que habian presenciado impasibles la titánica lucha del pueblo.

Pero la victoria de "Loma Alta" no bastó para que tranquilamente se estableciese el gobierno de Aguascalientes, y la plaza fué abandonada. El gobernador y las fuerzas del Estado se incorporaron á las de Zacatecas que venian persiguiendo al general reaccionario D. Silverio Ramirez, quien fué tiroteado hasta en las calles de Aguascalientes, á donde pernoctaron Gonzalez Ortega y Avila el 14 de Junio.

El dia siguiente será recordado con orgullo por cuantos aman la disciplina y el valor de los soldados de Aguascalientes. Macías mandaba cuatrocientos infantes é igual número contaba un cuerpo de Zacatecas que era á las órdenes del coronel Pedraza, fuerzas las mejor organizadas que seguian á Gonzalez Ortega. Este salió de la capital poco despues de la media noche y pronto se encontró frente al campo de Ramirez, que habia tomado formidables posiciones, defendidas por doce piezas de artillería, arma de que careció Gonzalez Ortega. Se inició el combate; se batieron con denuedo los dos ejércitos, y no se hubiera alcanzado un triunfo completo sin el arrojó de Macías y Pedraza. Uno y otro se colocan al frente de sus respectivos batallones, que ya se habian batido hora y media; avanzan á paso veloz, y entre el humo y la mortífera metralla que lanzan doce bocas de fuego, se echan sobre la artillería que cae en su poder. Toda ésta, el armamento y equipo; acémilas, caballos y todo el ejército contrario prisionero, fueron los frutos de la batalla de Peñuelas. (15 de Junio)

A las cinco de la tarde volvieron á Aguascalientes los vencedores con los despojos del enemigo. A nin-

gun jefe ú oficial se fusiló, no derramó la sangre en el patíbulo el ódio de partido: se respetó el valor desgraciado, y á la oficialidad prisionera se le preguntó si querian ó no contribuir al triunfo de la Reforma. Se unieron al ejército liberal los enemigos que así lo desearon, y á los que permanecieron fieles á su bandera se les expidió pasaporte. Estos hechos dieron mayor lustre á la victoria alcanzada.

Fué despues de este memorable suceso cuando Avila se dedicó á organizar la administracion en todos sus ramos, empresa para la cual era apto aquel hombre, entónces jóven de treinta y tres años; entónces fué cuando se formó un círculo que le fué adicto. Comprendiendo que al triunfar definitivamente la revolucion cuya victoria presentia, vendria la escision en el partido liberal; conociendo que los diputados que le eligieron serian los primeros en desconocerle y hostilizarle, introdujo entre ellos la division, haciendo difícil un acuerdo en la legislatura. Unos fueron atraídos y se filiaron resueltamente en el partido avilista; los otros permanecieron retirados é inactivos ostensiblemente, pero en realidad esperando el natural desarrollo de los sucesos para obrar, preparando para ello el terreno. Avila representaba el mismo papel hipócrita, consultando en las graves cuestiones la opinion de sus mal encubiertos adversarios, sin perjuicio de proceder contra el dictámen de ellos. Se rodeó de la juventud, oponiendo el vigor, la energía y hasta la imprudencia de ésta, á la débil fé y á la moderacion de sus presuntos enemigos. Contó entre los suyos á los magistrados Barragan, Arteaga y Alonso; nombró jefes políticos y

jueces de primera instancia que le pertenecieron; se atrajo al Club de la Reforma; protejió á la prensa y á los literatos; abrió una biblioteca pública; se comunicó con el pueblo, se rodeó de soldados, y se imaginó haber pasado el Rubicon, creyó asegurado su poder. D. Martin W. Chávez y yo fuimos nombrados, aún sin tener la edad para autorizar leyes y decretos, aquel secretario de gobierno y yo oficial mayor.

Esto violentó la escision del partido liberal y la determinaron las exajeraciones de la época. Llamábanse *rojos* los amigos de Avila y *moderados* los contrarios. No comprendiendo éstos que la opinion habia sufrido un cambio sensible y que, entónces al menos, eran claras las manifestaciones de ella en sentido *puro*, aceptaron la denominacion y creían halagar así al pueblo. Los otros, educados en distinta escuela, con mas talento y mas entusiasmo, con mas luces, aunque con menos experiencia, conocieron ó adivinaron las tendencias de la época y las de la revolucion, presidieron el movimiento que tenia lugar, é hicieron alarde, y mucho, de sus avanzadas ideas. Era el moderantismo la generacion que se va, no sin luchar para conservarse; el partido contrario, lleno de vida, pero imprudente, pretendió alcanzar en un dia los bienes políticos y sociales cuya conquista es obra de muchos años.

Por supuesto que esta ostentacion de *puritanismo* llegaba á veces á la caricatura, al ridículo. En la sociedad literaria "El Crepúsculo," en el club, en las reuniones, en las plazas y en las calles, se hablaba de religion, de filosofía, de política, no siempre con acierto, como se comprenderá, si se considera que hombres

de todas clases y condiciones discutian sobre esas y otras materias. Habia oradores, tribunos, poetas, escritores; y aunque es cierto que descollaron algunos talentos que sin la revolucion hubieran permanecido ignorados, lo es tambien que entónces se creían muchos con los conocimientos necesarios para ilustrar al pueblo. Fué la manía de la época hablar y escribir, citar á Voltaire, á D'Alembert, á Rousseau, á Mirabeau, Sieyes y demas nombres que registra la historia de la revolucion francesa, y hacer alarde de indiferentismo en materias religiosas, de descreimiento. Desmoullins, Saint Just, Chanier y otros fueron imitados hasta donde era posible, y no faltaban *terroristas* que pidiesen "sangre reaccionaria para hacer triunfar la Reforma, cabezas de clérigos y soldados para fecundizar el árbol de la Libertad." "Muera el papa! muieran los frailes! muieran los *mochos!*" eran los gritos ordinarios, las palabras sacramentales con que terminaban los discursos y artículos de periódico. Se hacia burla del culto católico, de las creencias religiosas; se ridiculizaba y ultrajaba á los devotos, á las *beatas*; se humillaba en todos sentidos á los contrarios; se pretendian imprudentes innovaciones, y se hacia ostentacion de intolerancia cuando se predicaba el principio de la absoluta libertad religiosa. Qué más? Aunque muy pocas veces, llegó á escaparse el fatídico "No hay Dios," llegó á oírse la impía frase de Proudhon: "Dios es tontería y miedo," y el que no aplaudía las blasfemias las autorizaba cuando menos con el silencio.

Las exajeraciones iban á otra parte, se manifestaban bajo otras formas. Los *rojos* usaban corbata ro-

ja, los soldados blusa roja, roja era la bandera de las asociaciones políticas, y hé aquí en todo su apojío la escarapela de los revolucionarios franceses. Todos repetían parodiando á Laffayette: *Nosotros los rojos, nosotros los republicanos, los hijos del pueblo libre, los tagarnos.....*

Todo esto recrudecía los ódios de partido, desunía á unas familias de otras y á algunas entre sí, llevando la discordia al seno de la sociedad y al del hogar. Desapareció por esto la sociabilidad, el trato, que tanto endulzan y mejoran las costumbres, y apareció una barrera difícil de salvarse entre los liberales y los conservadores, que por su parte eran intolerantes, obstinados, y más entónces que les dominaban el ódio y el despecho. Era aquello la fiebre, la locura, el *delirium tremens* de los partidarios. Y el pueblo acudía al club, á las reuniones en las plazas y en las calles donde los discursos se improvisaban, (1) y se escuchaban y aplaudían las más audaces diatribas, las ideas más subversivas. Pudieron entónces ilustrarse las masas, si hubiesen sido dirigidas más hábilmente.

Entre tanto el partido conservador se contentaba con oponer á la activa propaganda de sus contrarios la inercia y el miedo. En vez de luchar con las mismas armas que en su contra se esgrimían, dábase por satisfecho censurando y odiando cuanto pasaba, en reuniones privadas; riéndose de que se elevasen los artesanos, los comerciantes y agricultores de la clase

(1) En esos parajes públicos se dirigía á las masas, en prosa ó en verso, pero siempre emitiendo las más exageradas ideas, la señora Doña Soledad Arias.

media. Estaba débil y no lo conocía: la desunion mermó sus filas. Muchos adjudicatarios, antes furiosos reaccionarios, halagaban al partido que dominaba, aparentando amor á los principios y siguiendo la corriente de los sucesos que les aseguraba la posesion de los bienes tan fácilmente adquiridos. Se asustaba el partido conservador á la vista de un espectáculo nuevo para él, y aunque decía despreciar á sus enemigos y creer en el pronto exterminio de éstos, se encerró en el círculo estrecho de un egoismo glacial.

La medrosa reaccion no fundó un solo periódico cuando tantos se publicaban en sentido liberal, (1) ni fió el triunfo de su causa á la tribuna, cuando en ella tronaba la juventud. Macías, Alonso, Chávez (D. Martín) López, Leon, Alcázar, el que esto escribe y otros se acercaban á las masas, procuraban ilustrarlas y contar con su poderoso concurso. La tribuna era tambien ocupada por gentes del pueblo, y se distinguieron D. Cirilo Posada, D. Ponciano López, D. Rafael Esparza, los hermanos Jimenez y otros.

Avila aparecía el más rojo entre aquellos rojos, y no encontrando ya que innovar, dió orden al jefe político Gallegos para que echase abajo las campanas, medida innecesaria, estéril en resultados, dictada solo para halagar pasiones del momento. El mismo Avila, orgulloso con los adelantamientos que eran notables,

(1) Es preciso consignar aquí que, aunque los escritos que se publicaban, en prosa ó en verso, se resentían de las exageraciones de la época, fueron muchos de ellos reproducidos y aplaudidos por la prensa de la República. Algunos merecen conservarse, no para honra de sus autores, sino para la del Estado.

presidia el movimiento general, reunía y estimulaba á los literatos, protegía á la prensa, impulsó la instrucción pública y estableció la Escuela normal de profesores. Logró además que el cura D. Miguel F. Frutos en la capital, en Rincon de Romos el cura D. Francisco J. Conchos, y en Calvillo el párroco D. José del Refugio Guerra, hoy obispo de Zacatecas, calmasen la exaltación de los fanáticos, fomentada los años anteriores por las predicaciones de imprudentes frailes. Se quitaron muchos obstáculos del camino que se quería seguir, y la paz y la tranquilidad se consolidaron.

En esta época, la mas feliz del gobierno de Avila, se presentó á éste el jóven capitán Juan García con sesenta ó mas hombres. Anduvo antes á las órdenes de Juan Chávez y venía á ofrecer sus servicios, que fueron aceptados, al gobierno constitucional. Ese oficial, que despues ha figurado en otra escala superior, fué admitido con los suyos. Su edad disculpaba el error cometido.

Mientras esto pasaba, las fuerzas de Zacatecas y de Aguascalientes avanzaron sobre el interior y se unieron á las que mandaba Zaragoza, formando todas ellas la division que el 10 de Agosto venció cerca de Silao al ejército de Miramon. Allí combatió el cuerpo que mandaba Macías, pereciendo muchos de nuestros compatriotas, entre otros el jóven capitán Santa María. Despues el ejército liberal se dirigió sobre Guadalajara cuya plaza sitió. Antes de rendirse ésta murió el ilustrado, probo y valiente coronel D. Jesus R. Macías, (6 de Octubre) á los treinta y tres años de edad y en los momentos en que iba á ser ascendido á ge-

neral. En Aguascalientes fué llorado ese jefe modelo de virtudes republicanas, tan honrado como modesto y tan instruido como ageno á toda pretension. Los amigos de aquel, los empleados civiles y militares vistieron luto, y se decretó y dió una pension á la hija única de Macías, cuya pérdida dejó un vacío difícil de llenar.

El ejército liberal se apoderó de Guadalajara, (Noviembre) siendo derrotado pocos dias antes en el Puente, por los generales Zaragoza, José María Arteaga y otros, D. Leonardo Márquez. Patron cayó prisionero en este combate, y la prensa de Aguascalientes, y oficialmente Avila, pidieron á Doblado que mandase al preso á Aguascalientes para que se le formase causa. Doblado fué débil esta vez y entregó á Patron en manos de sus encarnizados enemigos. Este fué escoltado por una fuerza al mando de D. Liborio Estevanez, español atrevido, pero sin cultura, sin educacion; audaz, insolente, blasfemo. El 21 de Noviembre llegaron á Peñuelas esa fuerza y el prisionero.

Tuvo lugar con este motivo en la casa del gobernador una discusion acalorada. Avila manifestó la idea, que apoyaba en una ley bárbara de no sé qué época, de fusilar á Patron sin juzgarle y sin mas requisitos que el de identificar la persona de éste y el de levantar el acta respectiva. Fué aceptada la opinion de Avila por su secretario Chávez, por D. Procopio Jayme, sumiso entónces á ambos, y por D. Luis Toscano. La combatieron D. Saturnino Barragan, D. Manuel Alonso y el autor de esta historia, débilmente el primero y el segundo con mas energía que ninguno. Los que no

CAPITULO V
 HISTORIA DE LA REVOLUCION
 DE AGUASCALIENTES

querian el juicio de Patron aducian, entre otras razones, la de la necesidad de conservar la paz; es decir, significaban temor al pueblo, si el preso era juzgado y ejecutado en la capital, y miedo á Patron en el porvenir, si éste lograba fugarse ó no era sentenciado á muerte. Nosotros comprendimos esto y nos esforzamos para desvanecer los temores enunciados. Unos á otros nos acusábamos de cobardía: aquellos á nosotros, porque decían que por miedo al pueblo pretendíamos salvar al preso hipócritamente; nosotros á ellos, porque nos parecía indigno el hecho de fusilar á Patron fuera de la ciudad, solo porque se temía una sublevacion que hubieran evitado las tropas existentes en la capital. Exaltado Alonso dijo: *Juro sentenciar á muerte, como magistrado, á Patron, pero que se le oiga y juzgue;* y viendo que no le secundaba en esto su compañero Barragan, aquel salió casi gritando: *Esto es una cobardía infame, un asesinato sin nombre.* Se rieron todos y yo permanecí un rato en silencio, saliendo pocos momentos despues.

Yo conservaba alguna esperanza, fundada en que Avila era hombre de impresiones y podría modificar su opinion, y esto manifesté á Alonso, á quien encontré en mi casa. Allí acordamos hacer un esfuerzo el dia siguiente, á lo que á ambos nos impulsaba algo como un remordimiento. Los dos habiamos opinado que fuese Patron remitido á Aguascalientes, sin imaginar que la realizacion de esta exigencia podia dar lugar á un atentado. Insistimos el dia 22 en la mañana, sin fruto alguno. El correo que llevó la fatal orden de fusilamiento habia partido, y esa orden, firmada por Chá-

vez, fué ejecutada por Estevanez cerca de Montoro, á las tres y media de la tarde. D. Carlos Roberto Patron se confesó con el padre D. José María Gonzalez; andubo descalzo cosa de cien metros, y recibió la muerte. Su cadáver fué llevado á Aguascalientes. Algunas señoras le quitaron pelo al antiguo jefe de la reaccion que yacia muerto. La mayoría del Estado lamentó este suceso, y murmuró contra los autores de la muerte de Patron.

Al triste acontecimiento sucedió otro. Despues de algunos años de ausencia llegaba al pátrio suelo, y llegaba vencedor, el caudillo de Ayutla y de la Reforma, el general D. José María Arteaga, quien fué recibido con verdadero entusiasmo y júbilo. La sociedad literaria "El Crepúsculo" le nombró presidente honorario, el club le invitó á sus sesiones que presidió; se hicieron en su obsequio bailes, se dieron corridas de toros y serenatas; se improvisaron paseos, se hizo cuanto podia hacer grato al general su permanencia en el Estado, de donde salió para encargarse nuevamente del gobierno de Querétaro.

En esa ciudad daba guarnicion el batallon de Aguascalientes que mandaba el teniente coronel Arteaga desde que murió Mañas, y en ese tiempo (22 de Diciembre) se dió el golpe de gracia á la reaccion en Calpulalpam. La noticia de esa victoria se recibió en Rincon de Romos donde se encontraban Avila y algunos de sus amigos. Fué solemnizado el acontecimiento y, para tortura de los geógrafos, se expidió un decreto cambiando el nombre á la ciudad que se llamó entónces "Victoria de Calpulalpam."

CAPITULO V
 LA VICTORIA DE CALPULALPAM

Veamos, antes de terminar este capítulo, á los que mas figuraron en la época.

Avila, á quien ya se conoce como poeta, como escritor y como diputado, amaba la libertad y la Reforma, aspiraba á ser popular, despreciando sin embargo las ocasiones que se le presentaron para conseguirlo, y siendo inconsecuente con los principios que proclamaba. Tenia dotes administrativas y un claro talento, pero todo oscurecido por su vanidad. Quería que cuanto bueno se hacia fuese atribuido á él exclusivamente, y no permitia, sino con disgusto, que otros tomasen la iniciativa. Protegió á la juventud, se rodeó de literatos, pero gustaba de que éstos se le sometiesen por completo y manifestasen su gratitud de una manera que este elevado sentimiento se confundiese con la adulacion. Avila no queria ni cómplices; apetecia mejor ciegos instrumentos á quienes empleaba hasta en el ejercicio de ruines venganzas y mezquinas represalias, que bien traducidas significaban pequeñez de miras. No sufría resistencias ni observaciones; le irritaba la firmeza de los que opinaban contra lo que él proponia; y cuando una de sus propias ideas causaba males en la práctica, inculpaba á sus amigos, dejando entender que habia sucumbido á las exigencias de éstos. Tenia valor civil y fué sin embargo medroso; dió importancia al valer de aquellos á quienes temia, y dominado por este sentimiento, fué ingrato é injusto con unos y arbitrario y hasta cruel con otros. Sus enemigos decian que abusó en su provecho de la nacionalizacion de los bienes del clero, lo que si no es del todo cierto, si lo fué su liga con D. Procopio Jayme, liga que impedia el de-

coro y que daba lugar á murmuraciones mas ó menos fundadas.

Desde que D. Cecilio Acosta se retiró de las oficinas de hacienda del Estado, era Jayme el *fac totum* de ella, el Colbert de Aguascalientes. Con desprecio de la Constitucion del Estado y con escándalo de la moral administrativa, era á un tiempo jefe de hacienda, tesorero del Estado, administrador de rentas y recaudador de contribuciones directas; y aunque en esta última oficina le ayudaba D. Antonio Mejía, jóven que habia prestado servicios á la causa é inteligente en el ramo, Jayme fué á un tiempo empleado federal y del Estado, superior y subalterno; se daba cuenta de sus actos á sí mismo, aprobaba y autorizaba todo, y todo visaba Avila. Esto dió lugar á terribles murmuraciones y á que hasta la calumnia se cebara en esos dos hombres. Por lo demas, Jayme era inculto, ignorante, desleal, aunque hacia esfuerzos para aparentar instruccion y lealtad. Habia pasado repentinamente de devoto á *rojo*, y conservó en sus maneras y en sus actos, esas reservas, esas gazmoñerías de ciertas gentes de iglesia. Defecionó al partido de D. José María Chávez, sin perjuicio de volver á su lado mas tarde, como defecionó á Avila aun cuando éste le elevó y enriqueció y le confiaba sus secretos. En el tiempo á que me refiero, era su Mentor D. Martin, hermano y adversario político del mismo D. José María Chávez.

El secretario de Avila era un jóven rubio de buen talento, de maneras corteses, desinteresado. Con alguna facilidad para escribir, más que para hablar; bastante instruido, aunque desacertado en la eleccion de

autores y de modelos; fogoso y apasionado, no consentía que nadie se le sobrepusiese ó igualase. Sacrificaba los afectos, la amistad al prurito de aparecer el primero; aborrecía ó despreciaba al ménos á los que valían algo, siendo amigo sincero y hasta fanático de los que aceptaban sin exámen cuanto decía. Hombre de impresiones, se dejaba llevar fácilmente del deseo de la venganza á veces, y á veces era generoso hasta con sus mismos enemigos.

Los magistrados D. Isidro Arteaga y D. Saturnino Barragán, eran medianías que á todo y á todos se plegaban; los licenciados D. Urbano Medina y D. Pascual Arrieta, no fueron mas que amigos personales del gobernador, preocupándose poco de lo demás, y el licenciado Solana, (D. Rafael) entusiasta y fogoso liberal, detestaba al Sr. Avila y amaba á la juventud que le rodeó. Solana tenia poca instruccion y ningun valor civil, y era inquieto, locuaz, díscolo, cuanto fué honrado y recto juez.

El magistrado D. Manuel Alonso era ilustrado, íntegro, enérgico, pero de ideas exajeradas y pasiones fuertes. Habló y escribió poco, pero bien, y algunas de sus obras son modelos de literatura, respiran patriotismo y entusiasmo, plagadas por desgracia de frases sangrientas, de ideas inaceptables, de blasfemias quizá. Siempre atacaba al gobierno general y al del Estado, porque no castigaban ejemplar y duramente á los reaccionarios de todas gerarquías.

D. José María de Leon y D. Urbano N. Marín eran jóvenes aplicados, de algun talento y sin grandes pretensiones. Se levantaron debido á sus propios es-

fuerzos y prestaron importantes servicios á la niñez, ilustrándola. Más entregados al profesorado que á la política, figuraron bien en aquel campo y poco en éste. El segundo ha alcanzado siempre el mejor éxito en el ejercicio de su simpática profesion.

D. Jesus F. López se separó de Avila por cuestiones de intereses y porque le pesó el yugo que éste le habia impuesto. López, entónces y despues, ha hecho ostentacion de ser exajerado en la teoría y moderado en la práctica; queria conciliar intereses y pasiones encontrados. Prestó servicios á la causa en distintas épocas, sirvió en la á que me refiero á D. Manuel Doblado, y al regresar á Aguascalientes hizo con éxito la oposicion á Avila.

A Macías y á Alcázar les conoce el lector y me conocerá á mí por mis hechos y por esta pequeña obra, si es cierto que *el estilo es el hombre*. Yo, que no sé si tuve la desgracia ó la fortuna de figurar en tan borrascosos tiempos, y cuando mis pocos años pudieron disculpar mis exajeraciones y mis errores, me presento cual soy en la simple narracion de los hechos históricos. Toca juzgarme á mis compatriotas á quienes no pido indulgencia, sino imparcialidad y buena fé.

CAPITULO V
 HISTORIA DE LA REVOLUCION DE 1847